

Solidaridad

Por Eduardo J. Padrón,
Presidente,
Miami Dade College



Tan triste como es ver un hogar destruido por la naturaleza es, sin duda, una escuela. A nosotros en el sur de la Florida nos ha tocado, en no pocas oportunidades, constatar el daño de que son capaces los vientos huracanados y la lluvia que suele acompañarlos.

Me acuerdo del deterioro que inflingiera Andrew a lo que, por entonces, era nuestro nuevo y flamante campus Homestead. No puedo olvidar cuánta ansiedad por reconstruirlo se posesionó de nuestros empleados y de todas las agencias gubernamentales encargadas de las reparaciones.

*Quiere esto decir
que buscaremos
espacios en nuestras
aulas para que el
componente humano
de la sagrada
educación educacional
no permanezca en un
limbo sin saber qué
hacer y perdiendo
un tiempo que
es precioso*

Recientemente he vivido una experiencia similar pero al mismo tiempo bien distinta. Me correspondió el honor de encabezar una delegación de académicos universitarios para constatar, sobre el terreno, el desastre ocasionado por el reciente terremoto en Chile y poder calcular qué podíamos hacer para contribuir a la reconstrucción de famosas e importantes facultades arrasadas por los movimientos telúricos en unos casos y por el consecuente tsunami, en otros.

Es triste ver un centro educacional en ruinas cuando sabemos que de sus aulas depende el futuro de tantos jóvenes. Es lamentable que algo así haya ocurrido en la democracia más funcional de América Latina, una nación que ha crecido de circunstancias históricas sumamente inconvenientes para desarrollarse social y económicamente y sentar un ejemplo que, lamentablemente, no ha sido imitado en la región de modo similar.

Luego del siniestro en Chile, una de las imágenes que le dio la vuelta al mundo en los medios de prensa fue la Facultad de Ciencias Químicas de la Universidad de Concepción envuelta en llamas. Luego se supo que la Estación de Biología Marina, ubicada en la costa de Dichato, un verdadero hervidero de investigaciones y proyectos en marcha, había sido prácticamente barrida por un tsunami. Un legado de sabiduría y esperanza desaparecido de modo implacable.

Allí acudió la delegación norteamericana organizada por el Departamento de Estado y la Embajada de los Estados Unidos en Chile y les cuento que nunca es igual ver las consecuencias de un desastre natural en la distante y fría pantalla del televisor que estar parado sobre las ruinas. Causa el desasosiego de la urgencia para buscar una solución y ese fue el propósito de nuestra visita.

Tuvimos entrevistas con los más altos representantes de los centros de estudio chilenos afectados y en espera de que nuestro informe sea evaluado por el gobierno federal y se movilice la ayuda material que requieren, ya ofrecimos intercambios de estudiantes y profesores así como ayuda técnica a través del American Council on Education (ACE), en aquellas áreas más necesitadas. Quiere esto decir que buscaremos espacios en nuestras aulas para que el componente humano de la sagrada educación educacional no permanezca en un limbo sin saber qué hacer y perdiendo un tiempo que es precioso.

Ni decir que el propio gobierno chileno ya está corriendo con la reparación de gente de las facultades siniestradas que asciende a una suma multimillonaria porque según ha dicho uno de sus decanos, cualquier demora en este sentido significaría "un retroceso enorme para el país".

Muchas veces en la alta política se insiste, creo que de manera injusta, que los Estados Unidos no confieren a su traspatio la atención que merece. Este gesto que acabamos de acometer y muchos otros que se realizan en diversas áreas de interés, se escurren de los principales titulares de la prensa y nos hacen olvidar cuán altruista es esta gran nación y, en el caso específico de Miami, cuán cercanos nos sentimos a los pueblos del continente, cuyos representantes, en calidad de alumnos, hacen de nuestro College ese lugar de promesas cumplidas y esperanza cierta que todos disfrutamos.